



EL LENGUAJE DE NADIE

Por José REVUELTAS

LA gran epidemia de tifo que asoló de modo tan cruel a la región, tuvo un origen muy humilde, lo que sin duda fué causa de que nadie en la hacienda le concediera la menor importancia en sus comienzos, mirando aquello como un suceso habitual e intrascendente.

La cosa es que la mujer de Carmelo, el peón más pobre no sólo de la hacienda sino de todos los contornos, enfermó. Sin embargo el primero en morir se fué El Guirrión, un perro perteneciente al matrimonio, llamado así por el color de su pelambre, casi tan amarillo como el de los gorriones, y que entregó su alma al Dios de los perros en medio de terribles y lastimeros estremecimientos, mientras arrojaba por el hocico un líquido muy feo. Lo siguió poco después Prudenciana,

la mujer de Carmelo, con muy parecidas convulsiones y el mismo líquido del perro, que le salía de la boca espeso y maloliente. Nadie le dió importancia a estas dos muertes.

Sin derramar una sólo lágrima, Carmelo se dispuso a dar cristiana sepultura a su mujer, y por cuanto al perro decidió enterrarlo junto con ella.

“Pues no señor —se dijo Carmelo después de haber echado la última paletada de tierra sobre el cuerpo de su mujer, antes de abandonar el cementerio—; el que Prudenciana se haiga muerto no quiere de-

cir que yo vaya a quitar el dedo del renglón y deje de terquearle a doña Quilina que me arriende a medias esa miseria de territa que a naiden aprovecha”.

Le había puesto el ojo desde mucho tiempo atrás, para sembrar ahí como mediero —o sea con la obligación de entregar media cosecha a doña Aquilina, la propietaria de la hacienda—, a una estrecha faja de tierra pedregosa, áspera, lo peor que pudo haber encontrado, una verdadera miseria como él mismo decía, precisamente con la mira de que, por ser un trozo de tierra tan despreciable y ruin, doña Aquilina no se lo negara.

“A ver, a ver —exclamó doña Aquilina con el aire astuto— ¿cómo está eso de que quieras esa tierra que pintas tan espantosa? ¿Cuándo se ha visto que alguien prefiera lo malo a lo bueno? Algo de mucho valor debe haber ahí que tú sólo sabes y que me tratas de ocultar”.

El busto de la anciana se había sacudido con una risita interior, una risita llena de experiencia y malignidad, en la que se adivinaba que ni el más listo podría engañarla, así se tratara de este indio ladino.

Carmelo sintió algo muy raro y muy triste por dentro, como con ganas de llorar, una soledad inmensa al darse cuenta de que no disponía de palabras para darse a entender de doña Aquilina, que sus palabras eran otra cosa y siempre serían entendidas en un sentido opuesto en virtud de quién sabe qué extraña y desgraciada maldición que lo perseguiría por toda la vida, tal vez la maldición de ser tan pobre, el más pobre de todos los pobres de que se pudiera hablar.

“Es que pa mí es güeno hasta lo más pior, doña Quilina —dijo entonces con una desesperación ansiosa, seguro de antemano que tampoco estas palabras estaban dichas de modo que la anciana las comprendiera, a pesar del angustioso esfuerzo que su mente hacía para construirlas como debe ser—; cuando uno está tan a b a j í s i m o que mero ya ni es uno cristiano sino como los animales, y ni eso, le parece güeno hasta lo más pior”. La anciana lo miraba con mayor incredulidad aún y volvía a reírse, irónica. Carmelo llegó a estar seguro de que lo que él trataba de expresar se le imaginaba a él mismo estar dicho tal como le salía de los labios, pero que ésto no era sino una apariencia, una figuración suya y que,

(Pasa a la pág. 12)

VI. *Poesía*

Los poemas incluídos en *Huellas* que llevan fecha de 1917, págs. 53-60, 96, 183-186; y después, en la *Obra poética*, págs. 56-62, y 307 *passim*: el poema *Minuta*, que empezó a declararse poco a poco desde el año 1917.

Si mucho se apura —y ya se ha dicho— toda poesía es poesía de ocasión. Cuando los hechos que la impulsan son puramente espirituales, la onda subjetiva disimula eso que llamamos la ocasión. Pero en estas páginas pueden traslucirse ciertas circunstancias de mi vida por aquellos días: la iniciación de mi hijo en las primeras letras, los momentos de silencio y melancolía, la preocupación galante y amorosa, el recuerdo de mi tierra natal y sus amapolas y monacillos, la sátira de los desterrados de México que no entienden a España, mi vagabundear por las calles, procurando convencerme de que era yo relativamente feliz.

VII. *Prosa literaria no erudita ni periodística*

De propósito he dejado para el fin el libro de ensayos de 1917: *El Suicida*, que he reeditado en 1954 y que será objeto de otro capítulo especial.

Mi frecuentación con los eruditos españoles de aquel tiempo no dejaba de causarme sorpresas. Algunos habían llegado a una irritabilidad increíble, y se les oía decir cosas como ésta:

—¿Han visto ustedes? El canalla de Puyol (o de Bonilla, o de Cejador, o de Cotarelo) dice que Barahona de Soto nació en 1547.

¡Qué canalla! ¡Barahona de Soto nació en 1548!

Mi amistad con “Azorín” se iba afirmando con el tiempo. Me recibía en la salita de su casa, tan inexpresiva como su rostro. Nunca conocí su taller. Me dejaba hablar, contestaba con dos o tres vaguedades. De pronto, comenzaba a sonreír y decía:

—¿Y qué hay de libros?— y, con muequecilla maliciosa, sacaba del bolsillo una miniatura, una verdadera curiosidad, alguna pieza rara cobrada por ahí, en las ferias y en los puestos de lance, durante sus correrías de cazador bibliográfico. A veces, dejaba la joya en mis manos:

—Es para usted, Reyes. Lo adquirí pensando en usted.

(He evocado el ambiente de estas ferias de libros viejos en mi artículo “Un paseo entre libros”, 2º vol. de *Simpatías y diferencias*, 2ª ed., págs. 194 y ss.).

En este año de 1917, Américo Castro, José Moreno Villa, Antonio G. Solalinde y yo creamos el Ventanillo de Toledo, sitio de reposo dominical descrito en *Las vísperas de España*, (págs. 69-75 y notas respectivas), también mencionado en “La Cucaña” (*Reloj de Sol*, 2ª ed. de *Simpatías y diferencias*, II, 213-215). El Ventanillo alcanzó fama internacional: todavía, a la muerte de Paul Hazard, Marcel Bataillon recordaba la visita de ambos al Ventanillo, la leyenda de San Baltasar, las pinturas murales de Moreno Villa (y más tarde, de Bagaría)... Ver *Le Figaro Littéraire*, París, 3 de abril de 1954.

Pero el Ventanillo no acaparaba todos nuestros ocios dominicales.

Ahí están nuestros paseos por el Escorial o el Guadarrama. (“Un recuerdo de año nuevo”, *Simp. y dif.*, 2a. ed., II, 228-234: una noche en la “casita” del Dr. Madinaveitia, suegro de Américo. Ahora se me antoja comentar mi incidente de la zapatería con este verso de *La Gatomaquia*: “¡Oh cuántos males causa un zapatero!”). Otras veces íbamos a San Rafael, donde veraneaba don Ramón Menéndez Pidal. (“El reverso...”, *Pasado inmediato*, págs. 96-98).

Si el Ventanillo mereció hasta cierto punto la fama, también hasta cierto punto —y, desde luego, para sus huéspedes— puede merecerla esa casa nº 32 de la calle del General Pardiñas, donde hasta aquí viene sucediendo lo que dejo narrado. Allí vivimos Carlos Pereyra, José María Chacón y yo; allí llegó a vivir Solalinde con su madre doña Filomena, tan zamorana, tan elegante en su silueta esbelta y vestido negro; allí paró Pedro Henríquez Ureña en sus vacaciones de Madrid, verano de 1917, de que he tratado con detalle en mi reciente artículo “Encuentros con Pedro Henríquez Ureña” (*La Gaceta*, Fondo de Cultura Económica, I, 3, 15 de noviembre de 1954 y *Cuadernos*, París, enero-febrero de 1955); allí cedí a Pedro provisionalmente mi beca del Centro de Estudios Históricos para mientras estuviera en Madrid; allí recibimos ambos la visita de José Escofet, nuestro camarada del Atento de México, ya vecino de Barcelona y pronto director del diario *La Vanguardia*. Allí se me aparecían de cuando en cuando, algunos mexicanos que andaban de paso por Madrid y que todavía me recordaban.

E L L E N G U A J E D E N A D I E

(Viene de la pág. 6)

en realidad, el demonio en persona cambiaba el significado de sus palabras y aquello que doña Aquilina escuchaba era precisamente lo contrario de lo que Carmelo se había propuesto decir. “¿Si no, por que, aluego, esas risadas de doña Quilina cada vez que le hablo? — pensaba Carmelo —¿De onde ha de ser causa de risa que yo le pida esas tierritas que no las quedaría ni un perro, con perdón sea dicho, ni pa hacer sus necesidades?”

Doña Aquilina, no obstante sus sesenta años, era una mujer erguida, derecha llena de vivacidad en los ojos, siempre con un vestido de raso

negro y un dogal de terciopelo al cuello del que pendía una madallita de plata. Durante los veinte años que tenía de vivir en la hacienda sin salir para nada de ella —a afuera de las contadas ocasiones en que iba a la capital de la provincia para entrevistarse con el Gobernador—, doña Aquilina sólo recibió una única visita, al parecer de sus parientes, haría de esto cosa de dos meses.

Llegaron en una berlina polvorienta, todos vestidos de negro, dos caballeros y tres damas, la última de éstas una joven, compungidos y con el aire asustado, sin atreverse a mirar en su derredor hacia la gente de la hacienda que se había reu-

nido en el patio con curiosidad de ver cómo eran aquellas personas. De cualquier manera no permanecieron en la hacienda arriba de tres horas, a partir de haberse encerrado en la sala grande con doña Aquilina a tratar sus asuntos, después de que se les ofreció un refrigerio, a su llegada, que devoraron aprisa y silenciosos en el comedor, con la apariencia de quienes tratan de abordar lo más pronto posible un negocio apremiante.

Doña Aquilina —según se dijo más tarde, cuando se relató lo ocurrido en el comedor— no quiso probar bocado con sus parientes, sin oponer siquiera pretexto alguno

para excusarse, limitándose a mirarlos sardónicamente desde la cabecera de la mesa, mientras ellos, a despecho de la humillación que esto significaba, comían con la vista baja impelidos por el hambre feroz que les provocara el camino y haciendo a un lado puntillos de dignidad.

—“¡Eso sí! —había comentado la jovencita, con aturrido y vehemente ímpetu de colegiala a tiempo que las frescas mejillas se le arrebolaban de indignación, mientras trepaban todos de regreso a la berlina—. ¡Eso sí! La próxima vez que venga no voy a ser tan taruga y me traigo mi *itacate*”. El que parecía ligeramente menos viejo de los dos caballeros intentó lanzarle un reproche enérgico por aquellas palabras tan inconvenientes en los labios de una señorita, pero sólo logró expeler un “¡ah!”, de profundo desaliento. En cambio su mujer contrajo los labios con violencia inusitada, en una expresión de suprema furia y despecho: “¡Qué ingenuidad la tuya, hija mía! —exclamó sin parar mientes en lo impropio del vocablo usado por la muchacha—. Lo que es con *itacate* o sin *itacate*, pero la ‘tal por cual’ de tu tía Aquilina es la que no nos dejará volver a poner los pies en esta hacienda”. La gruesa expresión fué escuchada por toda la gente, mientras aquellos personajes, que en efecto no volvieron a pararse por la hacienda desde entonces, trepaban a la berlina.

Carmelo se quedó mirando obstinadamente, sin darse cuenta de otra cosa la tumba fresquecita de Prudenciana, ya que la hubo enterrado. Claro, sería mejor que no se hubiera muerto, porque así juntos habrían trabajado aquellas tierras que tarde o temprano doña Aquilina iba a terminar por arrendarle, después de tantos años de estar porfiando, pero de todos modos Carmelo no estaba dispuesto a quitar el dedo del renglón, aún muerta Prudenciana.

Tenía los pensamientos de tal modo puestos en la tierra de doña Aquilina, que de pronto escuchó sorprendido junto a él, ahí en el cementerio, mientras miraba la tumba, un gruñido de protesta y se sonrió al advertir que había olvidado por completo la presencia del Tiliches, el tonto de la hacienda.

Bueno, si Carmelo era el último de los peones, peón de peones, temporero, el más infeliz, que ni siquiera trabajaba todo el año y apenas comía, casi un mendigo, había alguien que le aventajaba en desgracia y éste era El Tiliches. La cues-

tion fué que, al ver que Prudenciana estaba muerta, Carmelo se puso muy preocupado pues no iba a poder cargar él sólo, con el cuerpo de la difunta y ni modo que nadie lo ayudara, así que entonces pensó en El Tiliches y juntos se echaron el cadáver auestas hasta el camposanto. Ahora había que cumplirle el ofrecimiento de obsequiarlo con aquella botella de aguardiente que Carmelo guardaba escondida entre las pencas de maguey que formaban el techo y las paredes de su jacal. Sí, había que cumplirle, aunque le costaba mucho no arrepentirse de tal generosidad. ¿Pero quién, sino El Tiliches, le hubiera ayudado a cargar con Prudenciana? Miró con una especie de ternura el rostro peludo del Tiliches, su cuerpo contrahecho y la saliva que escurría por sus labios. En los ojos del tonto habría una comunión, una dulzura, como si el imbécil comprendiera todos los pensamientos, todas las esperanzas de Carmelo, quien sintió en ese momento que era de lo más sagrado este compromiso y que había que entregarle la botella, a pesar de que le doliera tanto hacerlo. “¡Harto bien friegas, enano maldito! —dijo con enojo— Mal acabo de interrumpir a la difunta y ya no te cabe la priesa del trago”. El monstruo se encogió sobre sí mismo igual a un nico con miedo, la mirada dócil y húmeda, a tiempo que gruñía apresuradamente en sentido negativo para indicar, con su más desesperada elocuencia, que estaba de acuerdo en no molestar más a Carmelo y que se sometería a todo cuanto su amigo le indicara.

Arrepentido, Carmelo tuvo un destello de asentimiento en los ojos que El Tiliches pareció beber con ansiedad. “Si tú nomás eres malo cuando te emborrachas —añadió con entonación afectuosa—, y por eso, luego luego, todos te agarran a palos y azotes antes de que andes queriéndote echar encima de las mujeres, aunque esas no sean tus intenciones, ya que te miran briago y así pasa, pues tú no eres malo sino nomás cuando te emborrachas”.

El contrahecho idiota produjo unos sonidos llenos de regocijo infantil y amistoso, que equivalían a una carcajada, sacudiendo la cabeza de arriba para abajo.

Ambos se comprendían en absoluto, sencillamente, apenas con palabras, es decir, pues el Tiliches sólo podía lanzar aquellos ruidos y barboteos, sin embargo comprensibles del todo para Carmelo. Las co-

sas sucedían, en realidad como éste lo había dicho: en cuanto alguien, quienquiera que fuese, sorprendía borracho al Tiliches, le entraba a palos sin más averiguaciones, a pesar de que nadie supo jamás de ningún caso en que el pobre idiota intentara atacar a mujer alguna, pero aquello se había vuelto costumbre, a causa de que todos pensaban que El Tiliches se volvía muy malo y perverso cuando se emborrachaba.

Si el infeliz baldado entendía sus palabras, ¿por qué entonces no pasaba igual con Doña Aquilina?, se dijo Carmelo con esa tristeza que le entraba siempre al pensar en el punto. “Es que como semos inditos —pensó de sí mismo y de todos los suyos— la gente ‘de razón’ no nos entiende porque a la mejor hablamos de otros asuntos”. El sólo deseaba poseer aquella tierra magra, pobre, fea, para no despertar envidias, para no perjudicar a nadie, para tener algo en la vida, pero doña Aquilina no quería apearse de su burro con eso de que él era un indio pícaro, ladino, mentiroso, ladrón.

“Pues hágame la gracia su mercé —le decía Carmelo—, hágame la santa gracia de venir a mirar la tierrita, para que se convenza que de a tiro no vale ni tantito así de puro triste, de puro güena pa nada que es”. La anciana lo miraba cada vez con mayor suspicacia. “¿Por qué no me pides de otras tierras —interrogaba maliciosa—, de las tierras buenas que tengo en la hacienda, de las que dan todo lo que quieras casi sin esfuerzo?”. Carmelo permanecía grandes instantes sin responder, la vista baja, apesadumbrado, abatido. “¡Qué esperanzas! —suspiraba al cabo de un rato con indecible desesperación—. En tonces sí que la patroncita manda que me den de azotes, y a fé que haría muy bien, pa no andar yo de igualado”. En esta ocasión la anciana se había puesto muy roja y como si sus manos temblaran. “¡Lárgate de aquí cuanto antes, indio bruto”, le gritó en su cara, “indio terco”. ¡No dejan que se les haga el bien, aun cuando uno se lo proponga de todo corazón!”. Carmelo se apresuró a salir, tremendamente asustado.

El caso es que pasaron los días, los meses, un año, y doña Aquilina no iba a cerciorarse, con sus propios ojos, de que la tierra a que Carmelo aspiraba carecía de cualquier valor, y aún hasta podía regalársela sin el menor perjuicio para la hacienda.

Carmelo soportó con paciencia su atormentadora esperanza, hasta que dos meses antes de que Prudenciana muriera, después de que vinieron aquellos señores y señoras tan encopetados, al día siguiente decidió por fin presentarse con doña Aquilina para insistir en su eterna demanda. Por primera vez doña Aquilina tenía una mirada alegre, bondadosa y juguetona, que llenó de felicidad a Carmelo, pero cuando éste terminó de hablar, la anciana repuso con una sola palabra rotunda e inapelable: “¡Vete!”

¿Cómo entender que doña Aquilina quisiera hacerle el bien, si no le daba la única tierra posible para él en el mundo, la única que podía hacerlo feliz porque cualquiera otra tierra jamás estaría al alcance de su mano? Ahora Prudencia estaba muerta y las cosas ya no iban a ser las mismas, sino muy tristes, aunque doña Aquilina le arrendara la tierra, pero de todos modos no por eso Carmelo dejaría de porfiar.

Miró al Tiliches, que se apoyaba en un árbol, abrazado al tronco para sujetarse los miembros y que descansaran del continuo sucudirse que los agitaba siempre, y tenerlos cuando menos inmóviles siquiera por unos momentos. “Vámonos pues, Tiliches —dijo— pa que te tomes tus tragos, pero antes me esperas a que hable yo con doña Quilina”.

En efecto, aquel día en que Carmelo la visitara dos meses antes, doña Aquilina estaba feliz, extraordinariamente feliz. La sensación que había experimentado la víspera, cuando sus parientes abandonaron la hacienda, corridos y rabiosos, fué algo incomparable y bello y he aquí ahora que este indio bruto iba a convertirse en el instrumento para consumar en definitiva su venganza. A los veinte años, después de que entre todos —la joven sobrina no, desde luego— se empeñaron en tal forma por labrar su desgracia, aquellos parientes tenían el cinismo de venir a verla, dilapidadas sus fortunas, para humillarse, para pedirle con lágrimas en los ojos su ayuda. ¡Ah, Dios grande, Dios justo, cuánto lo agradecía!

No, no bastaba haberles negado todo su apoyo, sino que era preciso impedir que ninguno de aquellos horribles parientes usufructuara, a la muerte de “nuestra pobre Aquilina”, como decían, un sólo céntimo de su fortuna. ¡Declararía heredero universal al paria, al despojado entre los despojados, al pobre entre los pobres, al indio Carmelo! Naturalmente sin que el indio lo supiera.

Ese mismo día salió doña Aquilina a la capital de la provincia para arreglar todos los trámites concernientes al caso.

“Voy a decirle a doña Quilina —pensó Carmelo—, que ora que se murió Prudenciana no me queda más consuelo que la tierrita esa con que le he estado terqueando”, pero no le fué posible decir nada, porque en la Casa Grande le dijeron que se largara muy lejos y que doña Aquilina ya estaba harta de él.

Como después lo comprendieron todos, la terrible epidemia de tifo comenzó con la muerte de Prudenciana, a la que nadie quiso darle importancia por tratarse de la muerte de alguien tan espantosamente pobre. En muy pocos días las defunciones se sucedieron una tras otra y la gente comenzó a huir, abandonándolo todo.

Doña Aquilina agonizaba sola en su recámara de la casa Grande, sin criados que la atendieran, pero por fortuna ahí tenía a su lado al fiel Carmelo, quien, aún con la esperanza de obtener la tierra, la asistió hasta sus últimos momentos. Como en el caso de Prudenciana, Carmelo tuvo qué acudir a los servicios del Tiliches, al que debió prometer otra botella de aguardiente, y entre ambos condujeron al cementerio a doña Aquilina.

Carmelo no comprendía ahora por qué lo tenían en el Juzgado de lo criminal, en la cabecera del Distrito, no muy lejos de la hacienda. Ahí estaban también aquellos señores y señoras muy principales que eran parientes de doña Aquilina. El juez se había inclinado al oído del señor de más edad, con una expresión untuosa y sonriente: “¿No ha sido ésto algo en rigor providencial para sus intereses?”, dijo en voz queda. El señor elegante asintió con la cabeza, sonrojándose un poco.

De pronto el Juez mudó de expresión de un modo sorprendente, para dirigirse a Carmelo. “Es necesario que repitas lo que has declarado”, ordenó en tono enérgico.

Carmelo, obedeció, sin darse cuenta de cuál era el propósito de todo aquello, repitiendo el relato, que ya antes había hecho ante el mismo juez, en la hacienda, respecto a cómo dieron cristiana sepultura, entre él y el Tiliches, a la finada doña Aquilina, y lo que entonces les sucedió, que nomás de acordarse se les estremecía el cuerpo.

“Les repito a sus mercedes —terminó Carmelo—, que ansina jué como queda dicho, y pongo a Dios por testigo, que la difuntita doña Quilina quiso espantarnos y nomás em-

pezaron los ruidos que hacía dentro del cajón, el Tiliches pegó la carrera y hasta yo mismo después. Pero me puse a reflexionar que harta vergüenza era sentir yo miedo, y armándome de valor fuí y arrastré el cajón hasta el hoyo onde lo dejé cáir así nomás, y pa pronto tapé el hoyo de tierra hasta los bordes, manque la difunta seguía golpeando dentro del cajón pa darme espanto, pero bien que me sobrepuise...”

Ante la infinita perplejidad de Carmelo, todos los presentes sonreían. ¿Por qué provocaban siempre risas sus palabras entre los hombres blancos?, pensó Carmelo con una incertidumbre amarga y desconsolada.

Los hombres conversaron animadamente entre sí, sin hacer caso de Carmelo. Luego el Juez se volvió de nueva cuenta hacia él con el ceño fruncido. “Lo que pasó, hijo mío —dijo—, es que enterraste una mujer viva, y a eso se le llama homicidio. Pero no te pondremos preso, a causa de tu ignorancia de indio tarugo, si pones tu huella en este papel, que es un desestimiento donde dices que ibas a recibir de herencia una tierrita, que de cualquier manera ya no quieres, porque de nada te serviría preso...”

Carmelo hizo cuanto le pidieron y al fin pudo regresar a la hacienda.

Largo tiempo permaneció anodado, sin saber nada de la vida, de los hombres, del mundo. ¿Por qué no poseía él una lengua igual a la de los otros? Pensó en el Tiliches, que ya a estas horas estaría bien borracho, en el jacal, con la botella de aguardiente que le regaló por el entierro de doña Aquilina.

Con el Tiliches sí era posible entenderse, pese a estar sordo y mudo pero tan sólo porque los dos hablaban el lenguaje de nadie.

Se encaminó hacia el jacal. Ahora sí que ni para remedio pensar en la tierra, se dijo.

Pero algo vago, sombrío, enternecedor, lo embriagaba con la idea de que aquella tierra le había pertenecido en alguna forma, de algún modo y en algún tiempo, de los que nada podría saberse nunca, porque a él no se le ocurrió oír lo que quiso decirle la difuntita, desde el más allá, cuando la enterraba.

Suspiró. A estas horas el Tiliches ya estaría borracho, naturalmente. Cuando se encontraran le iba a dar su buena entrada de golpes, como era la costumbre cuando cualquiera se topaba con él en ese estado.